

I. La Carta a las mujeres del Beato Juan Pablo II

La Carta de Juan Pablo II a las Mujeres fue firmada el 29 de junio de 1995, publicada el lunes 10 de julio y presentada en una conferencia de prensa presidida por el entonces Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, Cardenal Eduardo Francisco Pironio, con la participación de Giulia Paola di Nicola, de la Universidad de Téramo y Maria Graça Sales, oficial del mismo Pontificio Consejo.

Se trata de un documento particular por tener el formato de “carta” dirigida «de forma directa y casi confidencial»¹² a todas y cada una de las mujeres. En el contexto inmediatamente anterior a la IV Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la mujer, el Papa habla directamente a las mujeres con el fin de comprometerlas, de interpelarlas personalmente, de invitar a todas y cada una a reflexionar sobre la responsabilidad personal, cultural, social y eclesial que brota del ser de la mujer.¹³

Muchas mujeres escribieron reacciones en respuesta a esta iniciativa del Papa agradeciéndole sus palabras, apreciando el tono novedoso y directo, adhiriéndose a la tarea que se les confiaba de comprometerse directamente en la construcción de la sociedad según las características propias del “genio femenino”. Las ediciones de *L'Osservatore Romano* en lengua italiana sucesivas a la publicación de la *Carta* reproducen numerosos escritos de mujeres que responden al Papa instaurando una suerte de “diálogo ideal” entre el Papa y las mujeres.

¹² Cf. S.S. JUAN PABLO II, *Angelus del 9 de julio de 1995*.

¹³ «Dada la urgencia y la complejidad de las cuestiones relativas a la condición femenina hoy, al Papa no le basta el aporte que dará a los trabajos de la Conferencia de Pekín la Delegación Oficial de la Santa Sede. Quiere comprometer personalmente a cada mujer en este trabajo, y por ello habla “directamente al corazón y a la mente” de cada una, invitándolas a reflexionar junto a él sobre sí misma y la responsabilidad cultural, social y eclesial que brota de su ser mujer (Cfr 1).» (EDUARDO CARD. PIRONIO, *I destini dell'umanità nel Terzo Millennio si giocheranno nel cuore e nella mente di ogni donna*, en: “*L'Osservatore Romano*” edición italiana, 10-11 luglio 1995).

La *Carta a las mujeres* se plantea en continuidad con la carta apostólica *Mulieris dignitatem* de 1988, recogiendo y ampliando su mensaje. Ambos documentos ofrecen la rica perspectiva antropológica de Juan Pablo II.

La *Carta a las mujeres*, junto con la *Mulieris dignitatem*, son quizá las ocasiones donde Juan Pablo II ha expresado, más a fondo que en otros lugares, lo más radical de la realidad humana. Baste recordar pasajes de la *Mulieris dignitatem* de tanto calado como el de la “unidad de los dos” con la imponente interpretación de los pasajes del Génesis, en los que supera célebres negaciones de la tradición de occidente (n.7), o el de la reciprocidad como “novedad evangélica” (n.24)¹⁴.

Esta riqueza, pasados quince años, conserva toda su fuerza de novedad, se trata de un importante patrimonio que ofrecer a la humanidad de nuestro tiempo, de cara a los desafíos actuales.

Quizá una de las características de la *Carta a las mujeres* es su tono positivo, su estar cargada de propuestas, su optar más por el anuncio que por la denuncia; o quizá sería mejor decir por el anuncio que, por sí mismo, tiene ya un efecto de denuncia. El Papa escribe una carta “directamente” a las mujeres, hablando a cada una de ellas.

Enfatizando su deseo de establecer un diálogo *directo* con las mujeres – mujeres en su realidad existencial concreta (madres, esposas, hijas, hermanas, mujeres consagradas, mujeres que trabajan...), no ONGs y lobbies que dicen “representar” a las mujeres – Juan Pablo II toma una posición implícita pero clara de “independencia” vis-à-vis de la ONU, mientras al mismo tiempo entra en diálogo con las instituciones de gobierno mundial¹⁵.

El punto de partida de su diálogo es agradecer a todas las mujeres y a cada mujer por su compromiso, muchas veces silencioso y escondido, en defensa de la persona. Un acto sencillo y nada banal, que por sí mismo proclama un mensaje sobre el modo como la Iglesia habla a las mujeres como hijas de Dios, como miembros activos del Cuerpo Místico de Cristo. En la

¹⁴ Blanca Castilla de Cortázar

¹⁵ Marguerite Peeters

persona del Papa, la Iglesia habla a las mujeres, con tono positivo, ofreciendo penetrantes luces ante los dilemas modernos.

El Santo Padre reconoce, con gran gentileza y honestidad, los aspectos positivos y los avances que pueden atribuirse al despertar de la conciencia de la dignidad femenina en los últimos años, reconociendo los desarrollos positivos. También acoge positivamente los esfuerzos institucionales de la ONU por trabajar por los derechos de las mujeres, llamando a esta organización a mantener la línea de la Declaración de los Derechos Humanos.

La *Carta* estableció que la Iglesia no solamente tiene interés por discutir cuestiones que conciernen a las mujeres en la Iglesia y en el mundo, sino un talento, un tono positivo, una buena disposición para considerar los dilemas modernos, y ofrecer nuevas ideas. En referencia al tono, por ejemplo, Juan Pablo II demostró mucha “gentileza” al reflexionar sobre el pasado, evitando hablar de los aspectos negativos de cierto feminismo moderno, o de sus posturas en ocasiones anti-Católicas, y más bien enfatizó sus efectos “sustancialmente” positivos (n.6), el coraje de las líderes feministas y el pesar de la Iglesia por cualquier parte que hubiera podido jugar contribuyendo a la opresión de las mujeres. Esta gentileza fue efectiva a la hora de ganar audiencia para la *Carta*. La *Carta* además aclaró la idoneidad de la Iglesia para participar en el diálogo moderno acerca de las mujeres al recordar la simpatía con la que se miran los esfuerzos globales institucionales (como los de la ONU) en el tema de derechos humanos de las mujeres y el acuerdo sustantivo que debe existir entre éstos y la noción de derechos expresada en la Declaración de los Derechos del Hombre de la ONU¹⁶.

a. Antropología bíblica

Como había hecho en la *Mulieris dignitatem*, también en la *Carta a las mujeres*, Juan Pablo II incluye hermosas e importantes reflexiones basadas en la antropología bíblica para iluminar la identidad y vocación del ser humano, creado “desde el principio” solo como varón y como mujer.

¹⁶ *Helen Alvaré*

Es particularmente interesante la interpretación de Juan Pablo II, tanto en la *Carta a las mujeres* como en la *Mulieris dignitatem*, de los dos pasajes del Génesis que relatan la creación del ser humano, varón y mujer, leyéndolos conjuntamente, interpretando el segundo a la luz del primero.

Una labor pendiente es divulgar la estrategia hermenéutica que utiliza Juan Pablo II en la interpretación de los dos pasajes del Génesis sobre la creación que, [...] permite sacar a la luz la plenitud de la belleza originaria de la creación, sobre la verdad del ser humano, varón y mujer. Me refiero a leer conjuntamente ambos pasajes, interpretando la simbología del segundo a la luz del primero, como expresa claramente en la MD, n. 5¹⁷.

Profundizar en la verdad de la creación lleva a la conciencia de la propia identidad como un don confiado a nuestra libertad, que necesita ser acogido y desarrollado en el don de nosotros mismos a los demás, en el amor. Las profundas verdades antropológicas que podemos encontrar en los relatos de la creación tienen importante actualidad ante los desafíos de nuestro tiempo. La verdad del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, creado sexualmente diferenciado, con una misma dignidad, resalta en el primer relato de la creación. La verdad de la vocación del ser humano a la comunión, evidenciada en el segundo relato, donde aparece una soledad originaria del hombre que Dios constata no ser “buena” para él. De ahí la necesidad de proporcionarle “una ayuda adecuada”: ayuda no en sentido físico o psíquico sino ayuda ontológica, ayuda recíproca, complementariedad recíproca para lograr la realización plena del ser hombre, del ser mujer. La verdad de la creación confiada al hombre y la mujer: la tarea de co-creadores confiada a ambos.

El fundamento antropológico de la dignidad del ser humano y, por tanto, de la mujer se encuentra en las primeras páginas del Génesis, más exactamente en los dos relatos de creación que Juan Pablo II comenta en su *Carta a las mujeres*. [...] ambos – varón y mujer –

¹⁷ Blanca Castilla de Cortázar

están llamados a perpetuar el género humano y a transformar la tierra. Desde el principio, pues, hombre y mujer tienen una igual responsabilidad en el mundo¹⁸.

b. La teología del cuerpo

Juan Pablo II ofreció en el marco de sus catequesis semanales de los miércoles, entre el 5 de septiembre de 1979 y el 28 de noviembre de 1984, un ciclo de catequesis dedicados a profundizar en la identidad y vocación del hombre y de la mujer y en el rol del amor humano en el Plan de Dios. Este ciclo de catequesis ha sido muy estudiado, publicado con distintos títulos: “*Varón y mujer los creó*”, “*El amor humano en el Plan Divino: la Redención del cuerpo y el sacramento del matrimonio*”, pero quizás el más conocido sea “*Teología del cuerpo*”, título que el Papa mismo utiliza al hablar de estas catequesis en la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Christifidelis laici*. Se trata de más de 125 catequesis dedicadas a explicar el misterio del ser humano, varón y mujer, uniendo teología, filosofía, antropología y reflexión ética. Estas enseñanzas se encuentran reflejadas en muchos documentos posteriores del Magisterio de Juan Pablo II, entre ellos los que ocupan más directamente nuestra atención en esta ocasión: la *Mulieris dignitatem* y la *Carta a las mujeres*.

Las reflexiones sobre el ser humano, el amor en el plan de Dios y el significado de la corporeidad humana que el Papa presenta en la *Teología del cuerpo* tienen la característica de ofrecer una visión holística del ser humano y de mostrar que el camino de plenitud de la humanidad debe integrar armónicamente, según el designio divino, cuerpo, alma y espíritu.

En su propuesta rescata la idea bíblica de que la imagen de Dios en el ser humano está plasmada también en el cuerpo, que entiende como “expresión de la persona”, y que manifiesta en su masculinidad y feminidad un “significado esponsal”. Y, partiendo del cuerpo, Juan Pablo II se adentra en la búsqueda de la estructura esponsal de la

¹⁸ Nuria Calduch Benages, MN

persona, descubriendo que la plenitud de la imagen de Dios, no está tanto en una persona aislada sino en la “comunidad de personas”¹⁹.

Dedicándose a profundizar en la teología del cuerpo, Juan Pablo II hace evidente que la fe cristiana es una fe *que se encarna*, lejana de los espiritualismos y los maniqueísmos de los que la acusa quien no la conoce, con una visión positiva del cuerpo humano que lo integra dentro del Plan de Dios para la felicidad del hombre.

La *teología del cuerpo* ha sido sugerida por algunas de las expertas consultadas como un bagaje de enseñanzas que sería necesario dar a conocer más para difundir la riqueza de la antropología cristiana; esta visión del hombre responde al anhelo de plenitud en el amor que es propio de todo ser humano, ante los reduccionismos de la *ideología de género*. Estas catequesis ayudan a adentrarse en el misterio de lo que significa ser hombre o ser mujer, a comprender el lazo entre la identidad y vocación de la persona y el dato biológico de su corporeidad masculina o femenina y a conocer mejor la lógica del don en la que todo ser humano es llamado a la realización de sí.

Juan Pablo II usa los mismos argumentos de aquellos a quienes pretende criticar, porque busca no obstante todo y ante todo el diálogo: a quienes se hacen paladines de la revolución sexual les hace una propuesta aún más audaz. Vuelve a proponer el tema de la corporeidad como ámbito privilegiado de donación y de comunicación, como lugar en el que *Eros* y *Ethos* se encuentran, pero subraya que la corporeidad tiene sus leyes y sus principios que son intrínsecos a su naturaleza misma²⁰.

Lejos de un reduccionismo biológico, que reduciría el misterio del ser humano a su corporeidad física, la visión que se desprende de estas enseñanzas del Papa Wojtyła ayuda a comprender qué significa que el ser humano sea creado siempre solo como hombre y como mujer.

¹⁹ Blanca Castilla de Cortázar

²⁰ Paola Binetti

La corporeidad del hombre, con todos los aspectos que la caracterizan y le imprimen el dinamismo natural de sus instintos y de sus pulsiones, puede convertirse en una de las modalidades más interesantes para contrastar la “ideología de género”. La incontrovertible dimensión de la sexualidad humana, con su forma física específica, está determinada en gran parte por genes y cromosomas, por hormonas y sucesivamente por todos los otros aspectos caracterológicos y educativos que la forjan de modo inequívoco. Ser hombre o mujer, no es tanto lo que yo me siento sino lo que soy y que mil signos y síntomas de mi organismo me revelan y me vuelven a proponer día tras día²¹.

En un mundo como el nuestro, invadido de visiones que reducen la sexualidad a mero objeto de placer, la Iglesia debe ofrecer a la humanidad el tesoro de su enseñanza sobre la dignidad y valor de la sexualidad humana dentro del plan de Dios.

c. Uni-dualidad hombre – mujer

Quizá una de las características de las reflexiones sobre el tema “mujer” en los últimos tiempos es el interés creciente en algunos ámbitos por no limitar la reflexión a la identidad y vocación femenina sino por englobarla en una reflexión sobre la identidad de ambos, varón y mujer, y el significado de la relación entre ellos. Podría decirse que este desarrollo marca el paso a una etapa siguiente, superada la época de reivindicaciones, afrontando la fuerte problemática cultural contemporánea sobre la identidad masculina y femenina; se trataría entonces de concentrar las reflexiones en la pregunta sobre la identidad, la especificidad de cada uno y la relación mutua.

Desde el punto de vista cultural, lentamente se va tomando conciencia de que las campañas centradas en las mujeres deberían irse reformulando en términos de las relaciones hombre-mujer, ya que no puede existir liberación de las unas sin la correspondiente de los otros y el rol de los varones es indispensable para una efectiva igualdad basada en la valoración de los talentos respectivos, en las corresponsabilidades familiares y domésticas en cooperación activa

²¹ Paola Binetti

con las partes sociales, los actores de la sociedad civil y el sector privado²².

El concepto de uni-dualidad, presente en la *Carta a las mujeres*, sirve para expresar esta mutua relación; aparece en ella referido al hecho de que Dios confía a la unidad de los dos, varón y mujer, no solo la tarea de la procreación sino la construcción misma de la historia. La riqueza de este concepto de uni-dualidad está en que salva la esencial igualdad humana del hombre y de la mujer, pero a la vez permite expresar la riqueza de la diferencia y de la relación que se funda en esta diferencia.

Este concepto, en efecto, puede permitirnos superar, tanto en el plano de la reflexión teórica, como en el de la concreción existencial, los extremismos opuestos denunciados en el n.8 de una “igualdad estática y uniforme” o de una “diferencia abismal e inexorablemente conflictiva”. [...] la *Carta* delinea (sobre todo en los nn. 7 y 8) una antropología muy clara y precisa que no sacrifica ni la igualdad esencial humana del hombre y de la mujer ni la riqueza de la diferencia y de la relación que en ella se funda²³.

El concepto de uni-dualidad es eminentemente relacional; se refiere a la “ayuda mutua” del hombre y la mujer, que no se limita al ámbito del obrar sino sobre todo al ámbito del ser.

Desde ahí concluye que varón y mujer “son complementarios no sólo biológica y psicológicamente sino, sobre todo, desde el punto de vista ontológico” (n.8). [...] Estas afirmaciones son como “doblores de oro”, que aún no están desentrañados ni en la teoría ni en la práctica²⁴.

El concepto de uni-dualidad está ligado a otros conceptos que aparecen en documentos juanpaulinos como reciprocidad, mutua complementariedad, mutua responsabilidad del uno por el otro, a quien se recibe como “don”. En el ámbito de la familia, primer espacio de la mutua colaboración, puede percibirse la uni-dualidad en el hecho de que la paternidad y la maternidad se necesitan, dependen una de la otra.

²² Giulia Paola di Nicola

²³ Giorgia Salatiello

²⁴ Blanca Castilla de Cortázar

Su dimensión más profunda se puede advertir desde la reciprocidad responsabilizante, porque la mujer ha sido entregada al varón – que desde el principio había sido confiado a ella. Eso implica que ella es responsabilidad de él, como él es responsabilidad de ella. Por ello, no sólo la paternidad depende de la maternidad, sino que la maternidad está encomendada a la paternidad, la maternidad es tarea de la paternidad²⁵.

Pero este primer espacio de colaboración no es el único: también la vida social, económica, política, eclesial se benefician de la mutua colaboración. La uni-dualidad ayuda a entender que tanto la familia como la cultura son misión común del hombre y la mujer, requiriendo el aporte específico que puede dar cada uno y las relaciones de comunión entre ambos.

Las relaciones familia - trabajo, con la convicción de que la aportación de la mujer y el varón conjuntamente es necesaria en cada ámbito, es un mensaje que es preciso desarrollar. Hace falta una cultura con madre y una familia con padre. En toda esta *Carta* se resalta, más que en otras ocasiones, la trascendencia de la contribución de la mujer en el trabajo profesional y en el dominio del mundo. Esta verdad, recogida en el Génesis, se ha redescubierto socialmente en el s.XX [...]. Asentar adecuadamente esta visión compartida del mundo y de familia requiere profundizar en qué consiste la paternidad, que es la única defensa eficaz para salvar a la maternidad. [...] Además, la paternidad – modo de amar y de proveer al bien de los demás propio del varón – ha de ser ejercida – además de en su propia familia, particularmente con su esposa – también en el ámbito público, siendo el defensor que haga posible la maternidad, modo propio de amar de una mujer, también en ese terreno profesional y cultural. [...] Si se sigue insistiendo en la incorporación de las mujeres a un ámbito laboral que prescinde de la dedicación a la familia, se está impidiendo que éstas aporten su peculiar contribución humanizadora en la configuración de la sociedad. Esto no es sólo culpa suya, sino de aquellos que sólo admiten su trabajo si trabajan como ellos. Su aportación – dar la vida y humanizar el mundo – es necesaria para mantener la familia y para que el trabajo no sólo sea compatible sino para que esté al servicio de la familia y de la persona. [...] esa visión

²⁵ Blanca Castilla de Cortázar

conjunta de la familia y del dominio del mundo está pendiente de asimilar y desarrollar²⁶.

La diferencia entre varón y mujer es ontológica; no es una creación cultural ni es tampoco mera naturaleza. Se trata de una diferencia relacional que requiere categorías personalistas para ser explicada. Las afirmaciones del Papa Wojtyla cuando describe esta co-existencia del varón y la mujer como ser-con o ser-para muestra el uso de categorías filosóficas de matriz personalista, adecuadas para expresar la realidad de la relación. Varón y mujer son personas, pero personas distintas por una relación diferente constitutiva e intrínseca a la persona de cada uno.

La antropología personalista afirma que la naturaleza se distingue de la persona, paralelamente a como la filosofía tomista advierte una diferencia real entre esencia y acto de ser. Si estas dos distinciones se leen juntas, la diferencia sexuada se podría encontrar en el binomio relativamente opuesto a la naturaleza o esencia, es decir la persona o acto de ser. La propuesta que subyace a las afirmaciones del Papa Wojtyla dejan entrever que esa relacionalidad se inscribe en el ámbito propio del ser como acto, es decir, la persona, cuya subsistencia no es incompatible con ser relacional, como han advertido quienes la han descrito como co-existencia, o bien como SER-CON o SER-PARA. De ahí se puede deducir que la relación que sitúa al varón y a la mujer frente a frente, implica en cada uno de ellos una relación ontológica diferente, que tiñe o modaliza transversalmente toda la naturaleza – cuerpo y alma – de cada uno. Son como si dijéramos dos personas distintas, no por ser individualmente cada una única e irrepetible sino, por una relación diferente – de procedencia en el origen – constitutiva e intrínseca a la persona misma de cada uno²⁷.

Varón y mujer son iguales con una igualdad “no estática ni uniforme” y son diferentes con una diferencia que no es “abismal e inexorablemente conflictiva”; son uno para el otro de manera no igual en un sentido que en otro.

Si la igualdad se refleja en la reciprocidad, la diferencia que es preciso salvaguardar, permite la complementariedad de una peculiar “ayuda”

²⁶ Blanca Castilla de Cortázar

²⁷ Blanca Castilla de Cortázar

que se ofrecen uno al otro, una ayuda que no es igual en un sentido que en otro, pero cada uno dice desde sí, y requiere, precisamente el otro²⁸.

En algunos contextos se nota todavía una desconfianza ante la posibilidad de dar resalte a la diferencia entre hombre y mujer, no solamente por temor a que ello aleje a las mujeres de roles que han sido considerados tradicionalmente masculinos, sino también porque la cultura que trata de normalizar distintos tipos de “familias” (familias monoparentales o parejas del mismo sexo) considera la complementariedad como algo accesorio, antropológicamente prescindible.

La *Carta* propone robustamente la complementariedad (ns. 7 y 8), sin embargo la noción sufre ataques específicamente en los Estados Unidos. Es una noción abiertamente menospreciada por estudiosos en muchos campos acusándola de ser una herramienta al servicio de la regresión de las mujeres. Sus bases neurobiológicas, psicológicas, evolutivas y filosóficas son agudamente contrastadas, aún cuando hay acuerdo en que existen pocos estudios acerca de la complementariedad en estas áreas porque es intrínsecamente difícil de estudiarla²⁹.

También se nota prevalencia entre algunas mujeres de una “desconfianza de género” hacia los hombres que tiende a buscar reemplazarlos más que trabajar en complementariedad y colaboración con ellos.

Una estrategia para “reemplazar” a los hombres, en los puestos de trabajo e incluso en la crianza de los hijos, ya sea con otras mujeres (relaciones lesbianas), el estado (financiaciones de bienestar) o una combinación de políticas privadas y corporativas (horarios de trabajo flexibles, beneficios y permisos de maternidad, horarios adecuados a las madres) y recursos personales (amigos, abuelas, ahorros personales). Esto contrasta directamente con la idea de “colaboración” – de trabajo en sinergia con los hombres en las más variadas esferas – que tan maravillosamente se nos presenta en la *Carta* y en *Sobre la colaboración de hombres y mujeres*. El declinar del matrimonio y el alza precipitada de las madres solteras son frutos de este modo de

²⁸ Blanca Castilla de Cortázar

²⁹ Helen Alvaré

pensar. Se necesita urgentemente más atención a la realidad y al bien de la complementariedad – en investigaciones teológicas, filosóficas y científicas³⁰.

Las categorías personalistas utilizadas por el Santo Padre permiten superar resistencias a estos conceptos relacionales de complementariedad, reciprocidad, uni-dualidad.

Me parece que [la resistencia a la idea de recíproca complementariedad] se debe a dos razones, la primera para separarse de la interpretación del andrógino mítico, en el cual un solo ser es dividido en dos, y cada sexo pasa a ser la mitad de un todo. Hay razones para este rechazo, porque desde una visión personalista se advierte con claridad que cada persona tiene valor por sí misma: con consistencia y subsistencia propia no puede ser una mitad, sino más bien un todo en sí misma. La segunda dificultad proviene de entender que la complementariedad requiere el matrimonio, con lo cual se dificulta la explicación del “celibato por el Reino de los Cielos”, vocación que descubre el Mesías y surgió y sigue surgiendo – a imitación del mismo Jesucristo – espontánea entre personas de familias cristianas. Pero el papa Wojtyla, como el resto del Magisterio, no desdeña hablar de complementariedad. Viéndolo con detenimiento tiene resueltas ambas dificultades. En efecto, su planteamiento no sólo dista del andrógino sino es al revés, pues no deja de advertir que “desde el principio” Dios crea “DOS” para que sean UNO, es decir, lo contrario que en el mito. Y respecto al celibato, el Papa tiene muy claro que el matrimonio es la primera dimensión de la complementariedad, pero no es la única. Varón y mujer se necesitan mutuamente en otros aspectos que tienen que ver con el trabajo, la cultura y otros proyectos comunes, también dentro del ámbito familiar y de la Iglesia. Con un proyecto común de por medio, las relaciones pueden ser complementarias en diversos niveles, respetando los íntimos afectos y compromisos vitales que cada uno tiene por su lado³¹.

Conceptos además que él no utiliza de modo aislado; por el contrario anotará específicamente que la complementariedad es recíproca.

³⁰ *Helen Alvaré*

³¹ *Blanca Castilla de Cortázar*

En diversos lugares advierte que el matrimonio es la primera, pero no la única dimensión de la complementariedad, presente en el dominio del mundo y la creación de cultura y, cómo no, en la realización de la misión de la Iglesia. En definitiva, tanto la reciprocidad, la complementariedad así como la recíproca complementariedad son verdades que requieren ser profundizadas y asimiladas. Tarea ésta especialmente importante para el pensamiento³².

Se nos presenta la tarea de seguir profundizando en este importante concepto de uni-dualidad, para proponer la recíproca complementariedad varón-mujer como una riqueza antropológica a ser custodiada en nuestro tiempo.

d. El genio femenino

Como ya lo había hecho en la *Mulieris dignitatem*, en la *Carta a las mujeres* Juan Pablo II habla del “genio femenino” y llama a que éste se haga más presente para una sociedad más humana, más respetuosa de la dignidad y vocación del hombre, más construida a la medida del ser humano.

Añadiéndola a la idea de complementariedad, la idea del genio femenino sirve para resaltar la especificidad de la mujer, su vocación particular en la Iglesia y en la sociedad. María es la más alta expresión del “genio femenino”; ella es prototipo para todo el ser humano, hombre y mujer, pero lo es de manera particular para la mujer. La cuestión de la mujer requiere mirar a María, requiere inspirarse en ella, para descubrir la riqueza del genio femenino, vocación a ser custodia del ser humano de particular manera, a salvar el amor.

En plena sintonía con el Magisterio, Chiara Lubich nos ha enseñado a ver en María “la” respuesta a la mujer. La grandeza de María es el amor. La mujer, en consecuencia, es llamada hoy más que nunca a desarrollar en la Iglesia el más grande de los carismas, el amor, a ejemplo de María. Si la mujer no mira a María, afirmaba ya en 1991, “ha perdido todas sus posibilidades.” Con esta vocación a salvar el

³² Blanca Castilla de Cortázar

amor, la mujer puede dar su contribución para que florezca el “perfil mariano” de la Iglesia, a ejemplo de María que da la vida a Jesús, a Jesús en nosotros, a Jesús en medio de nosotros³³.

Quizá una expresión particularmente apropiada para expresar lo característico de este “genio” de la mujer puede encontrarse en la expresión «aquella inmensa disponibilidad de las mujeres para donarse en las relaciones humanas», (*Carta*, n.9) dimensión que no es ajena a la vida de los varones, pues todo ser humano está llamado a la entrega de sí mismo en el amor; pero la mujer sabe hacer presente esta dimensión de manera particular y ello sin duda constituye parte importante de su riqueza, que es necesario aportar a la humanidad.

Es importante seguir el trabajo de comprensión y valorización del “genio femenino” como vocación particular al servicio a Dios, a la Iglesia, a la sociedad, a ofrecerse como don a los otros para contrastar la mentalidad individualista y explotadora, a vivir la maternidad espiritual como dimensión propia de la entrega de la mujer y de su servicio a los demás.

Sin embargo, existe todavía una cierta falta de comprensión de que la verdadera expresión del “genio” incluye el servicio a Dios, a la Iglesia y a la sociedad. Las mujeres están llamadas a ofrecer el don de sí mismas y a estar presentes para los otros en maneras que contradicen la mentalidad individualista que busca la auto gratificación a expensas de los otros. Los actos de caridad cristiana recuerdan el tierno cuidado que Jesús ofrecía a quien pudiera necesitar su toque sanador. Los atributos de cuidado y de dar aliento son ejemplos de una vocación a la “maternidad espiritual” bien vivida, a la que todas las mujeres son llamadas, sin importar si están casadas, son solteras o son religiosas con votos³⁴.

Además, el “genio femenino” puede ser una valiosa categoría para conceptualizar el aporte que las mujeres *en cuanto* mujeres dan a la sociedad, con el fin de llamar a una mayor contribución de esta riqueza femenina en los ámbitos de la vida pública en los

³³ *Maria Voce*

³⁴ *Karen Hurley*

que ella se ha hecho presente – y en los que en ocasiones hay que lamentar que se haya dado más una adaptación a modelos masculinos que un aporte de la riqueza particular femenina.

Mucho más se han estudiado, tanto en círculos católicos como seculares, las contribuciones particulares de las mujeres en ámbito esponsal y de crianza de los hijos. Pero la noción de que los dones de las mujeres puedan ser visibles donde quiera que las mujeres asuman roles está presente a lo largo de toda la *Carta*. Aún cuando se podría argumentar que estos dones son entregados *de facto* por las mujeres hoy, llama la atención la falta de reflexión acerca de ellos. Esto es muy probablemente resultado de un temor por “perturbar” los avances que las mujeres han logrado en las esferas no domésticas; resaltar demasiado las diferencias entre los sexos todavía parece ser considerado una táctica peligrosa. Esta reticencia es potencialmente problemática por dos razones: la primera, lleva a las mujeres a fácilmente no desplegar, y a la sociedad a no valorar, los dones femeninos. Segundo, junto a esto puede llevar a una falta de voluntad de reconocer los dones de las mujeres aún en las esferas en las que la identidad única de la mujer es más irremplazable – la esfera familiar³⁵.

En la *Carta* recurre muchas veces el llamado a las mujeres a aportar sus características específicas a la construcción de una cultura más humana. El Santo Padre reconoce una vocación especial de las mujeres y las llama a empeñarse para contrastar una lógica de mercado que se concentra solamente en las ganancias económicas y la lógica de la competencia, con una lógica de la solidaridad, que cuida de las relaciones, que crea una sociedad más humana.

Aparece aquí un llamado a aquel *genio de la mujer* que será ampliamente profundizado en seguida, con la indicación de la necesidad de la valoración de aquellas dotes femeninas (pero no inaccesibles a los hombres) que son las únicas que aparecen capaces de conducir mas allá de una organización fundada sobre la mera lógica de la utilidad y del éxito económico. La profundización de tal llamado podría así llevar a la elaboración de un proyecto original de mujeres y de hombres católicos para un progreso humano integral en el que la

³⁵ *Helen Alvaré*

riqueza de lo femenino resulte determinante para articular una propuesta compleja, que adhiera a la verdad del ser humano³⁶.

Si las mujeres se comprometen en las estructuras aportando este elemento que les es específico, y no renunciando a él para adaptarse a un modelo utilitarista, podrán encontrar canales de expresión para su afectividad creativa, en beneficio del ser humano.

Ante una lógica del mercado que se concentra solo en las utilidades y por ello inevitablemente crea dinámicas de competitividad que llegan a la conflictualidad, Juan Pablo II la sustituye por una lógica de la solidaridad, en que la ética del cuidado caracterice todas las relaciones humanas. La humanización de nuestra sociedad pasa a través de este mayor compromiso de la mujer en las estructuras fundamentales sobre las que se apoya. Como si ella, y solo ella, fuera capaz de ejercer una acción eficaz de prevención ante problemas dramáticos como los grandes fenómenos migratorios, las graves formas de contaminación material y cultural del ambiente y al mismo tiempo fuera capaz de cuidar de la vida en todas sus expresiones más frágiles como los enfermos terminales, los que no quieren ya vivir, los drogados, las personas solas y ancianas... Para cada uno de ellos el Papa imagina una presencia femenina capaz de hacerse cargo de sus necesidades con la creatividad afectiva que es prerrogativa típicamente femenina³⁷.

En estos quince años desde la publicación de la *Carta a las mujeres* se ha hecho mucho para valorar el “genio femenino” pero es necesario hacer todavía mucho más. Ante todo es necesario que las mujeres conozcan y vivan más esta particular vocación.

Nos parece oportuno, en efecto, que el discurso sobre el “genio femenino”, que encuentra máxima expresión en María, tan bien expresado en el pontificado de Juan Pablo II y retomado varias veces por Benedicto XVI, encuentre mayor confirmación. De parte de las mujeres es necesario un mayor compromiso vital para ser espejo de aquella realidad tan alta descrita en la *Carta*, a saber acoger en ellas

³⁶ *Giorgia Salatiello*

³⁷ *Paola Binetti*

este don, para ser otras María en este tiempo; de parte de los hombres es también necesaria una mayor acogida de tal mensaje³⁸.

Es necesario también, para entender este concepto en toda la plenitud de su riqueza, comprender que debe ir unido al concepto de la uni-dualidad y la complementariedad de dones con el hombre.

El *genio de la mujer* debe ser considerado siempre en una óptica de reciprocidad relacional que sepa conjugar la atención a lo específico femenino con atención a lo masculino para una plena valoración de los dones que ambos pueden poner al servicio de la comunidad toda. Se debe además subrayar el vínculo estrechísimo entre la cuestión del *genio de la mujer* y todas las problemáticas ligadas al compromiso de los laicos, hombres y mujeres, en la vida de la Iglesia, en colaboración con los presbíteros³⁹.

En la presentación de la carta a las mujeres, el Cardenal Eduardo Pironio señalaba:

No es solamente en la vida social y política que el Papa quiere ver que se conceda mayor espacio al genio de la mujer. Su específica vocación, la profecía inmanente de su feminidad debe enriquecer cada vez más la vida de la Iglesia. Por esto, la mujer debe vivir en una fidelidad consciente a la “diferencia” de su feminidad y de su misión específica respecto a la del hombre. Para entender este imperativo, sin embargo, es necesario separarse de “los cánones de funcionalidad propios de las sociedades humanas”. Se debe partir de los criterios específicos de la economía sacramental, o sea, de aquella economía de “signos” libremente elegidos por Dios para hacerse presente en medio de los hombres.⁴⁰

³⁸ *Maria Voce*

³⁹ *Giorgia Salatiello*

⁴⁰ EDUARDO CARD. PIRONIO, cit., 4.